

ESCENA CUARTA

Mismo escenario, ROSARIO sentada en el banco y aparece SABRINA, cuando la ve, se abalanza sobre ella y la abraza

SABRINA: Por fin te veo, ¿por qué no me has cogido el teléfono ni me has abierto la puerta? Estaba muy preocupada por ti.

ROSARIO: *(Sin mirarla a la cara)* No sé por qué estás tan preocupada. He estado unos días pachucha, no me apetecía ver a nadie. A veces me pasa, me bajan los ánimos, no tengo fuerzas para salir a la calle ni para hablar con la gente.

SABRINA: ¿Me estás diciendo la verdad?

ROSARIO: *(Nerviosa)* ¿Por qué iba a mentirte?

SABRINA: *(Con tristeza)* Eso es cierto, apenas sé nada de tí. Te he contado muchas cosas sobre mí, sobre mis viajes y mi vida en Madrid y tú te has limitado a escucharme.

ROSARIO: No tenía nada interesante que decir. Mi vida es muy aburrida.

SABRINA: ¿Que tu marido te pega no te parece interesante?

ROSARIO: *(Se pone de pie)* ¿Quién te ha dicho eso? Alguna de las madres del colegio, ¿no? Son todas unas cotillas, harían mejor metiéndose en sus asuntos.

SABRINA: *(Se levanta también)* No importa quién me lo haya contado. Lo que necesito saber es si es verdad o no.

ROSARIO: *(Furiosa)* ¿Necesitas saber? ¿Quién eres tú para exigirme que te cuente mi vida? El que te hayas desahogado conmigo no te da derecho a pedir que yo haga lo mismo.

SABRINA: Rosario, yo solo quiero ayudarte. Por favor, no te enfades conmigo.

ROSARIO: *(Vuelve a sentarse y oculta el rostro entre las manos, cuando habla su voz es un sollozo)* Lo siento, lo siento, tú no tienes culpa de nada.

SABRINA: (*Se sienta también*) ¿Me vas a contar lo que pasa?

ROSARIO: Siempre procuro mantenerme alejada del resto de las madres. Se que todas murmuran, algunas me tienen lástima, otras se burlan de mí, me llaman tonta. He pillado alguna que otra conversación. Contigo era distinto, no sabías nada sobre mí, podíamos hablar sin esa mochila de pesadumbres que siempre llevo encima. Por eso nuestra amistad era tan bonita.

SABRINA: ¿Por qué hablas en pasado de nuestra amistad? Sigue siendo hermosa, ¿no lo crees?

ROSARIO: (*En tono de súplica*) A partir de ahora procura mantenerte alejada de mí, por favor.

SABRINA: No pienso marcharme hasta que me lo cuentes todo.

ROSARIO: No hay mucho que contar, ya lo sabes, mi marido me pega, soy una mujer maltratada que no tiene el valor suficiente para denunciar.

SABRINA: Quizás yo pueda ayudarte a que eso cambie. Ya sabes que soy trabajadora social, conozco muchos casos como el tuyo.

ROSARIO: (*Desesperada*) ¿No lo entiendes? Si lo denuncio matará a mis hijos, me ha amenazado muchas veces y sé que habla en serio.

SABRINA: Pero hay una gran cantidad de recursos, órdenes de alejamiento, casas de acogida...

ROSARIO: Él nos buscará allá donde vayamos y cumplirá su promesa. (*En tono de súplica*) Por favor, aléjate de mí, puede que me esté vigilando y me ha prohibido hablar contigo.

SABRINA: (*Indignada*) ¿Que te ha prohibido hablar conmigo? ¿Por qué?

ROSARIO: Dice que eres una mala influencia, alguien le habló de nuestra amistad y a Eugenio no le hace mucha gracia que tenga amigas.

SABRINA: (*Se levanta furiosa*) ¡Esto es increíble! En pleno siglo XXI y que tu marido te maneje de esa forma.

ROSARIO: *(Se levanta también y le habla con calma)* Para ya, Sabrina. Tu marido no es mucho mejor que el mío.

SABRINA: ¿Qué dices? ¿Estás loca? Agustín nunca me pondría la mano encima. Ni yo se lo permitiría...

ROSARIO: *(Con furia)* Pero sí que le has permitido que te impidiera viajar, que te trajera a este pueblo. A pesar de que te gusta tu trabajo has tenido que renunciar a él. Te has doblado como un junco, te has adaptado a sus deseos, te has convertido en una marioneta, como yo.

SABRINA: No, eso no te lo voy a consentir, por muy mujer maltratada que seas. No me puedes decir que nuestros casos son iguales, ni siquiera parecidos. Según eso, ¿cualquier mujer que renuncia a algo por amor a su marido está siendo maltratada?

ROSARIO: Tú has renunciado a muchas cosas, y no eres feliz. Pero no quiero discutir contigo, no me gustaría que nuestro último recuerdo juntas fuera este. Por favor, olvida lo que te he dicho.

SABRINA: *(Más calmada)* Tienes razón. Mejor hablamos de ti. Quiero ayudarte, Rosario. Dime cómo puedo hacerlo. ¿Por qué no me lo cuentas todo? Quizás entre las dos podamos hacer algo para mejorar tu situación.

ROSARIO: Me lo pensaré, pero ahora aléjate de mí, por favor. Puede que Eugenio esté cerca de aquí, vigilándome. El lunes próximo estará todo el día de viaje. Nos vemos aquí mismo media hora antes de la salida de los niños, así tendremos tiempo para hablar.

SABRINA: Me parece bien. Mientras tanto me pondré en contacto con el Centro de la Mujer, a ver si me cuentan los recursos de los que podemos disponer.

ROSARIO: Haz lo que quieras, pero yo tengo mi decisión tomada. No denunciaré a mi marido.